
El Primer Congreso Pedagógico de Yucatán en 1915. Salvador Alvarado

Jorge Alberto Ortiz Mejía

Maestro en educación. Profesor-investigador de la Universidad Pedagógica Nacional. Unidad Mérida. jaortizmejia@gmail.com

Los maestros asistentes al Congreso exigieron estar acordes con los tiempos, enterrar el sistema anterior para construir la sociedad que se demandaba. Comprendían que la escuela en su esencia reproducía al medioevo y su servidumbre. Las discusiones pasaron por la escuela de la libertad o de la esclavitud. Hubo quienes cuestionaron: “¿Qué es ser libres?”. Sus posiciones demostraban temor al cambio. Otros comprendieron que la escuela debe liberarse del dogma, de todo prejuicio; porque lo más complejo es librarse de la esclavitud cuando ésta se ha internalizado en las estructuras del pensamiento.

Parte de los debates en el Congreso fue la concepción de la instrucción y cómo se atiborra de conocimientos a los educandos, muchas veces alejados los maestros de la realidad del niño, quien lo asume pasivamente como un recipiente a llenar. Ello nos recuerda la escuela bancaria analizada por Paulo Freire¹. En el fondo subyacen el autoritarismo y el dogmatismo, que hacen al niño simple receptor de nociones científicas, mero depósito de teorías, inadaptables a la vida real. El método para formar hombres libres es el que emplea la propia naturaleza en su formación, al adquirir y organizar sus conocimientos.

¹ El concepto de dominación se encuentra en la educación tradicional, que esclaviza al sujeto, lo manipula, no permite que se afirme como persona, que sea actor de la historia. Dejar de ser sujeto es transformarse en objeto, lo cosifican, le niegan la capacidad de transformar su mundo. En este modelo, corresponde al maestro el papel de organizar, conducir y controlar un proceso lineal de traspaso de información donde él es el que sabe, piensa y ejecuta la acción de manera autoritaria. Así, el hecho educativo se limita a una mera transmisión de conocimiento (instrucción) del docente hacia el alumno.

La patria

La construcción de Patria fue tema fundamental en el debate, aunque en la actualidad, con tanta penetración cultural mediática y como sentimiento antipatriótico, suene vacío. Más que nunca tenemos los maestros la obligación de retomar estos elementos que nos dan sentido y unidad. Los congresistas expresaban: “Sin patria no hay escuela, y sin escuelas, muchas veces no existe la patria. Ante ello, la sociedad sin querer tiende a exacerbar el individualismo; más se requiere la formación del sentido social, de colectividad, de pueblo”, o decían: “La patria es la única realidad existente; es la realidad superior, ante la cual se desvanece o pierde la autonomía del individuo. La patria es el alma colectiva que absorbe todas las almas hasta cumplir el deber de sacrificarse por su patria”. También afirmaban: “En la escuela primaria se modela el carácter de la nacionalidad. Se plasma la vida civil y pública. En ella, por primera vez, practica el hombre, colectivamente hablando, sus deberes y derechos”.

Es tal la percepción de la defensa de la soberanía que se reconoce: “La patria es la patria, madre augusta de todos. Busca el amor, la concordia, el sentimiento de libertad, de justicia, de grandeza moral, y aún del olvido o perdón para los ingratos que no supieron cumplir sus deberes patrios, que son los deberes por excelencia de los hombres civilizados”.

En su afán de memorar la patria y sus luchas nacionales y locales, aparece en el discurso de los maestros tener que consagrar “el 30 de julio a los héroes y mártires de la guerra social (Guerra de Castas) iniciada en 1847”. Está presente todavía la guerra social, pues no habían cicatrizado las heridas. Por tanto, los indígenas alzados no serían parte de estos festejos. Revisan el papel de las instituciones como lo es la Universidad, cuya enseñanza ha sido casi teórica o empírica, llena de carreras literarias, de una didáctica libresca.

Discurso de Salvador Alvarado en la inauguración del Congreso

El Gobernador reconoce que “corremos el riesgo de hundirnos en perezosa indolencia, o convertir nuestros ideales en viciosa excita-

ción; entonces llegaremos a la bancarrota, tanto que lamentar cuanto que el hecho habrá ocurrido por nuestra propia causa”. Y reflexiona: “Griegos y cartagineses vencidos por el hierro romano, de aquellos latinos que no poseían la soberbia cultural de los unos ni el genio comercial de los otros, tenían lo que a ambos faltaba, ese gesto de la fuerza del carácter”.

De los hombres del poder esboza: “Si hombres de riqueza o posición social se tornan lujuriosos o indolentes; si aflojan en el cumplimiento de las obligaciones que tienen para con todo el pueblo por razón de posición; si olvidan el sentimiento de patriotismo, o arrastran vidas dedicadas a la molicie o a una viciosa complacencia consigo mismo, no habrá cultivo intelectual ni actitud financiera que los salve del desdén de aquellos cuyo respeto es el más alto galardón”.

Encomia a los maestros: “De hoy en adelante, señores profesores, decid la verdad al niño, no hagáis escuela de aduladores; haced en las conciencias de los educandos la religión del orgullo, de la vergüenza, del propio valer, del carácter; hacer la religión del orgullo es crear hombres fuertes, conscientes y honrados: no de esa pervertida moral que os prohíbe, a fe de creyentes, que investiguéis la trinidad, la pureza de la virgen María y de los beneficios sacramentales.

“Esta discusión ética expresa los poderes de su época confabulados contra el pueblo: militares, iglesia, dictadura, científicos, hacendados, acumulando fortunas que resultan una bofetada a la pobreza de nuestro pueblo, y cómo los lujuriosos, indolentes, soberbios, caen víctimas de los becerros de oro, ante la avaricia, egoísmo, hasta apoderarse de la esperanza de las personas, no conformes, con tanto, no tienen límite”.

Realiza dura crítica a la burocracia: “Al puesto no se llega a medrar, se llega a servir, los fondos públicos son urnas inviolables, depósito sagrado que no está al servicio de compadrazgos o a beneficio de empleados mercachinflés”. A su vez, recomienda cómo el Estado debe atender a su sociedad: “Al maestro pagarle bien, dotar a las escuelas de edificios y material de enseñanza, para hacer buenos

jueces, buenos hospitales, para crear energía. Los fondos del pueblo son la palanca de Arquímedes que levanta al mundo y no la caja de Pandora que lo enferma y lo pervierte”. Advierte el gobernante: “Recuerden que no son los más fuertes los que siempre triunfan, sino los que mejor se organizan y dirigen. En el combate es más fuerte el que lleva la razón y la justicia; el convencimiento íntimo de que la causa es buena, basta y sobra”.

Analiza el papel de la mujer y propone: “En nuestro medio, es artículo de lujo, se compra con el matrimonio... La mujer es débil porque así la enseñamos, porque es alimentada con falsos pendones y deleznales prejuicios... No se les prepara, se casan por tener quien las apoye, o viudas que, aún con las lágrimas por la muerte de su marido, tienen que ir al prostíbulo o al asilo porque no saben qué es la vida y tienen miedo de vivir; lo ignoran todo y sus temores hacen horizontes. Hay que enseñarles a vivir, a elegir, a pensar, a gobernarse a sí mismas. En nuestro país, la mujer de cualquier categoría, es más esclava que el obrero”.

Su posición ante los educadores: “Sabed que quiero ser el mecenas de los maestros, el amigo leal y cariñoso, siempre que cada quien sepa cumplir con su deber; el juez viene ya, en la posteridad; que no se eche la culpa a Uds. de que haya mañana otra revolución incubada en la explotación que se haga a un pueblo ignorante”. En el entendido de que los maestros representan la esperanza del pueblo, sus justas aspiraciones, sus demandas, este mensaje confirmaba el compromiso de los maestros con la revolución: el maestro combatiente, líder comunitario, comprometido con el pueblo, nunca obrando a sus espaldas.

Dentro de los resolutivos del Congreso se estableció que anualmente el Ejecutivo convocaría a un congreso pedagógico, planteando que la educación que se brindará al niño, suscitará la formación del espíritu republicano y liberal en la escuela, así como inculcarle el puente de la libertad de los pueblos que se llama revolución, en el más alto, amplio e insigne sentido de la palabra, a la manera como lo fueron los libertadores de nuestra patria.

D. Rodolfo Menéndez y el método pedagógico

Medular resultó la intervención de D. Rodolfo Menéndez de la Peña, quien disertó sobre su visión del método pedagógico. Al hacerlo, reconoce que “es el camino más fácil y corto, el más seguro”, y se reduce a dos, la Inducción y la Deducción. En la segunda, de casos particulares pasamos a consecuencias generales, de lo compuesto a lo simple, “de la percepción de los hechos a la intuición de las ideas”, y de las manifestaciones o fenómenos de la naturaleza, a las leyes que obedecen, o sea, de los efectos a las causas.

Por el contrario, “La deducción parte de lo simple a lo compuesto; de lo abstracto y general a lo concreto y particular; de los principios a las conclusiones; de las causas a los efectos; de las reglas a los ejemplos; de las leyes a los fenómenos; de los axiomas y definiciones, a las pruebas y demostraciones”².

Planteó D. Rodolfo que la vieja didáctica “desconoce la psicología del niño; comenzaba el aprendizaje de las ciencias por generalidades, definiciones, abstracciones y fórmulas completamente fuera del alcance de las infantiles inteligencias, y para retener el cúmulo de principios doctrinales y aún de dogmas y teorías difíciles de comprender”. El niño requiere pensar, analizar, diferenciar, comparar, relacionar y descomponer al mismo tiempo que componga; que busque analogías y semejanzas, abstraiga y generalice, compruebe, y sintetice. La labor del maestro no debe ser tortuosa, mecánica, desde la enseñanza de las letras, con el deletreo o silabeo, y la lectura de corrido, y las lecciones de memoria, a través de libros áridos, hechos para sabios, enigmáticos para nuestros niños.

A estas estrategias, el ilustre maestro Enrique Rébsamen (1857-1904) lo denominó con acierto y gracia como el método “Machaca”. Criticó la presunción de los maestros de otros niveles, llenos de “eru-

² Se denota la influencia de pensadores de la época, como Augusto Comte (1798-1857) quien rechaza el estadio espiritualista y metafísico de Hegel, Schiller, Fichte. Para Comte lo positivo son los hechos concretos y empíricos, porque todo conocimiento científico está destinado a su práctica. Rechaza que el conocimiento científico no será de causas (aristotélicas, eficientes, formales), son fenómenos que están regidos por leyes que expresan regularidad.

dición inconsciente”. En época reciente las universidades usaron y abusaron de los exámenes orales escolásticos, por eso los alumnos pronto olvidaban lo ilusoriamente aprendido.